

EL CASTELLANO

(CON CENSURA ECLESIASTICA)

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Año I.

TENDILLAS, 21

TOLEDO 27 DE AGOSTO DE 1904

SUSCRIPCIÓN
Semestre... 1.80 Años... 275
Número suelto, 5 céntimos.

Núm. 32.

ANUNCIOS ECONÓMICOS

PAGO ADELANTADO

El Centenario de Isabel la Católica en Toledo.

Desde que el Sr. Conde de Cédillo emitió la hermosa idea de celebrar en el próximo mes de noviembre, el cuarto centenario de la muerte de la egregia Reina Isabel la Católica, se ha ido acogiendo y propagando con activo entusiasmo, en academias, universidades, ateneos y en las poblaciones que conservan recuerdos de la vida y reinado de aquella incomparable soberana; así como las que poseen monumentos que han dejado impresas, con caracteres de piedra, las huellas de su paso victorioso, en las titánicas luchas que tuvo que sostener, para legar a sus sucesores una patria grande, única e indivisible, en el territorio, en la religión, en la política, en la raza y en la etnografía. Ahita de fe, henchida de proezas, pléyrica de ciencia y de arte, que derramó por toda la superficie del planeta.

Reinado venturoso, en el que desde la humillante decadencia en que vino a parar Castilla, bajo el cetro de los Juanes y los Enriquez, resurgió una nación grande, vigorosa y potente, abriéndose la esplendorosa Edad Moderna; que a no verse dificultada en su prodigiosa marcha triunfal, con las guerras de Flandes y sus consecuencias en lo político, con el protestantismo en lo religioso, filosófico y moral, y con el renacimiento pagano en el arte; asombra el considerar a dónde hubiera llegado a parar la marcha progresiva, iniciada por la voluntad de aquella mujer insigne, cuando a pesar de dichas fuerzas retardatrices y luchando de continuo con ellas, llegó España a ser la portastandarte de la fe, de la política, de la ciencia, del arte y, en una palabra, de la civilización del mundo.

Hoy, que han transcurrido cuatro siglos y no nos quedan de nuestras pasadas grandezas, más que halagüeños recuerdos, en medio de este frío utilitarismo, que atrofia y esteriliza hasta los más nobles sentimientos; rodeados de solitarias ruinas, fúnebre legado del revolucionario siglo XIX, levantemos nuestra deprimida frente, de entre los escombros de la España que se fué, recordemos nuestro glorioso abolengo y alentémonos con effluvis de esperanzas, para que ya que no seamos capaces de grandes empresas, seamos siquiera capaces de admirarlas y de honrar decorosamente la memoria de los que las acometieron y que nos señalaron el camino verdadero del engrandecimiento de la Patria.

Medina del Campo, Granada, Sevilla, Madrid y otras muchas poblaciones, que fueron objeto de las predilecciones de la gran Isabel I, se preparan a porfía a recordar su fallecimiento y los copiosos beneficios de que le son deudoras.

Tan sólo Toledo, la imperial Toledo, la cabeza de España, la predilecta de los Reyes Católicos, el asiento de su Corte, el centro radial de la actividad fecunda de aquella vigorosa trinidad motora, que se llamó: Fernando, Isabel y Mendoza. Toledo, tan solo permanece sorda é insensible, ante el universal concierto de remembranzas gloriosas; pero no muda: una patriótica voz se ha levantado entre nosotros, la de un noble toledano de linajada estirpe, la del Conde de Cédillo, desde las columnas de EL CASTELLANO, en su número 9.º de 20 de marzo del actual año. Oigámosla todos: la Diputación, el Ayuntamiento, el clero, la milicia, los artistas, los poetas, los letrados, el comercio, la prensa y todos los elementos de vida de Toledo, y preparémonos todos a honrar el nombre de Isabel la Grande, que con ello nos honraremos a nosotros mismos.

Ahí está en la historia de la Legislación Española, las leyes promulgadas por las famosas cortes de Toledo de 1480; ahí patente y genuinamente el grandioso monumento de San Juan de los Reyes, joya la más preciada del altivo, espléndido y adhirnado estilo ojival

florido, en su último período; voto cumplido por la gloriosa batalla de Toro, que aseguró en el trono a aquella magna Princesa, y que eligieron ella y su ilustre consorte para su panteón, hasta que después de la conquista de Granada variaron de pensamiento. Templo magnífico, representante de las felices concepciones y divinos ensueños de la Reina, tan gallardamente interpretados por el genio inmortal de aquel gigante del arte, que se llamó Juan Guas.

Tiempo es todavía de pensar en algo digno de la conmemoración del día 26 de noviembre de 1504, en el que entregó su alma dichosa al Criador, la piadosísima y energética madre, más que reina de la soberbia raza española.

Recabar de los Poderes públicos la pronta restauración del templo de San Juan de los Reyes, celebrar exequias fúnebres en dicho día y en el referido santuario, con toda la posible magnificencia; certámenes literarios y artísticos, procesión cívica, limosnas a los pobres y otros muchos medios se podrían excogitar, por personas y comisiones competentes, bajo la dirección de las autoridades y las inspiraciones de la prensa local, sociedades y centros docentes, que promuevan un público testimonio de respetuosa admiración a la memoria de aquella egregia señora.

Con ello, dará Toledo una prueba elocuente de que todavía posee nobles corazones que palpitan al impulso de grandiosos ideales.

MANUEL CASTAÑOS Y MONTIÑO.

“LA LÁMPARA DEL SANTUARIO”

Al estampar este título, no me refiero precisamente a la lámpara que arde constantemente delante del Santísimo en todos los templos y capillas en donde mora el Señor de la tierra y de los cielos. Pero hay tantas semejanzas entre la lámpara de que voy a hablar y la lámpara del Santísimo.

¿En qué consiste ese dulce encanto que tiene esta última para todo corazón que sabe adivinar el símbolo de las cosas materiales y los sublimes geroglíficos de la sagrada liturgia de la Iglesia? Ese encanto es el encanto de lo misterioso, es el encanto del amor.

La lámpara esperece amorosamente dulce resplandor en torno del tabernáculo; pero del fondo del Sagrario se refleja también en cierto modo sobre la lámpara yo no sé que destellos del misterio de amor que allí se encierra. Y ambos amores, el que en el tabernáculo anida y el que representa la lámpara, embalsaman la atmósfera del presbiterio con ese indefinible encanto que es tanto más de notar cuanto mayor es la soledad y el sosiego. Pero tal encanto desaparecería si la luz de la lámpara se apagase, porque esa luz es, por decirlo así, la llamada y amorosa voz que dulcemente nos habla del misterio inefable que allí reverencia y adora el corazón. Si la lámpara no ardiese, ¿quién iba a adivinar la presencia de Jesús Sacramentado?

Es por lo tanto la lámpara un centinela ó heraldo del Santísimo, centinela puesto allí por la Iglesia para advertir a los fieles la Real presencia de Su Divina Majestad Sacramentado. Pero además de heraldo y centinela de honor, es símbolo y espejo del amor que debemos a Jesucristo en el Sacramento del altar.

Es el amor que esta lámpara simboliza amor modesto, amor reverente, amor constante y amor único.

Es ella en efecto tan modesta, que su luz no se parece en nada a las luces brillantes, esplendorosas y magníficas que forzosamente atraen sobre ellas mismas todas las miradas de los asombrados ojos. La luz de la lámpara es luz sosegada y tenue. Su voz no se escucha a sí misma, es voz que sólo habla para señalar calladamente el sitio en donde mora Jesucristo Sacramentado. No es voz que a sí misma se predica, es luz que a sí misma se hace sombra, y sólo quiere alumbrar la puerta y los aledaños del Sagrario.

Quando las naves y los altares del templo se iluminan con mil luces,

«la fiesta honrando de solemne día con los sonos del órgano y salterio,»

y el ostensorio ó la custodia parecen en medio del Santuario un sol ó un ascua de oro— tampoco se fija entonces nadie en la pobre lámpara; la cual, sin embargo, sigue ardiendo igual que siempre, porque su amor es tan fino y constante como humilde y modesto.— Parece que entonces goza en ocultarse y en ver que honran tanto a su amado dueño.

Es tanta por otra parte la reverencia que guarda a su Señor, que siempre se mantiene la lámpara a respetuosa distancia del Sagrario. Pero el amoroso afán que la consume, no la deja separarse mucho de aquel fuerte íman y dulcísimo reclamo que la atrae. Si la lámpara del Santísimo hablase como nosotros, a buen seguro que en su humildad diría reverentemente como San Pedro:

—Recede, á me Domine.... Apartate de mí, Señor.

Pero con la misma fe y con el mismo amor que el fervoroso Apóstol, también diría.

—Mas ¿á dónde, Señor, iré sin Ti? Tú solo tienes palabras de vida.—*Bonum est nos hic esse.* Oh, qué bien se está cerca de Ti. Y allí está efectivamente siempre: de día, de noche, á todas horas, en todo lugar donde Jesucristo esté sacramentado.

Quando los fieles y los ministros del altar salen del santuario, ella se queda allí, cuando las armonías del órgano callan y las voces del coro ya no cantan, ella sigue latiendo de amor; cuando las demas luces se apagan, ella sigue luciendo; cuando las puertas del templo se cierran, y las sombras y la soledad le invaden, ella sigue con los ángeles haciendo compañía al Divino Prisionero, que es el verdadero corazón del santuario.

En resolución: la humilde, la modesta, la solitaria y enamorada lámpara no vive para sí misma, ni para iluminar al templo, ni para alumbrar reliquias, ni para honrar a los ángeles, ni para hacer la corte á ningún santo: sólo vive para Jesucristo Sacramentado, á quien única y enteramente está para siempre consagrada. Él es su único norte, su único íman, su único amor, su vida, su Dios y todas sus cosas; lo mismo ayer que hoy y que mañana; lo mismo en Europa que en Asia y allende los mares; lo mismo bajo las bóvedas del Vaticano y de nuestras Catedrales, que en los hospitales y lazaretos y leproserías, y bajo el tal vez apollado techo de la más pobre Iglesia de aldea.

¡Oh hermoso símbolo de amor; de amor modesto, de amor reverencial y de amor ardiente, constante y único!

Tal es la lámpara del Santísimo.

¿Cuál es la otra Lámpara del Santuario á que este artículo se refiere?

Ambas tienen el mismo nombre, porque ambas tienen el mismo fin. Lo que la primera simboliza, la otra intenta realizarlo, y por cierto que lo realiza maravillosamente.

La Lámpara del Santuario es una revista mensual, que como echarán de ver á tiro de ballesta los que esto lean, no es del linaje de los *rotativos*, ni órgano, por lo tanto, ni clarinete ni trompeta de ningún Gasset ó Canalejas, Romanones ó Llerroux.

Hé aquí el esbozo que de la misma hacía en el Congreso Eucarístico de Lugo el Ilustrísimo Sr. D. José María Caparrós, Obispo de Sigüenza, que durante muchos años fué uno de los principales redactores de esta revista:

«Fundada el año de 1870 por un hijo ilustre de Galicia, por D. Luis de Trelles y Noguea (que en paz descanse), encierra en los tomos publicadose una abundantisima preciosa enciclopedia de Teología moral, Liturgia, Patristica, Poesía y Arte eucarísticos, digna de ser consultada. Quien quiera saber cuanto se ha hecho *humilde y calladamente* en honor y gloria del Santísimo Sacramento por los españoles, que registre la colección de *La Lámpara del Santuario*. La misma existencia de esta revista es un prodigio; porque si conociésemos como yo su vida íntima, y la hubiésemos visto cien veces á

punto de perecer, cuando por falta de recursos, cuando por carencia de redactores, y sin embargo, levantarse siempre con el favor de Dios y por obra exclusiva de su amorosa providencia, diriais, como yo digo, que *La Lámpara del Santuario* tiene grandes destinos que cumplir.

Órgano en el estado de la prensa del Centro Eucarístico de España y de los Centros eucarísticos diocesanos, y siendo éstos, como hemos visto, los factores del movimiento eucarístico en nuestra Patria, ha de reflejar la revista en sus columnas todo lo hermoso y edificante que ese movimiento en sí encierra.

Nobilísimos ejemplos de virtud; admirables actos de piedad; estudios profundos de nuestros teólogos y místicos; acentos inspirados y sublimes de nuestros poetas; crítica racional y cristiana de nuestros historiadores; filigranas y primores de nuestros artistas... en una palabra, cuanto el hombre puede expresar como tributo de adoración y homenaje á la Ilustre Sacrosanta, todo eso puede ser el contenido de la revista *La Lámpara del Santuario*.» (1).

Tal es *La Lámpara del Santuario*.

Ella ha propagado fervorosos y casi heroicamente en España el *Culto continuo* á Jesús Sacramentado, y millones de comuniones anuales en desagravio á Jesucristo son actualmente el fruto de tan fervorosa propaganda. Ella encendió la chispa de los Centros eucarísticos de España, hoy tan florecientes, y organizó y difundió y casi gobernó, no solamente esos Centros, sino también las obras eucarísticas en que los mismos se ocupan santamente. El fundador de *La Lámpara* fué también fundador de la asociación de *Camareros de Jesús Sacramentado*, institución, por lo tanto, genuinamente española. La misma Lámpara ha sido y es, y con la gracia de Dios seguirá siéndolo, el más fervoroso apóstol de la *Adoración nocturna*, que es la reina de todas las obras eucarísticas de estos tiempos. Es finalmente *La Lámpara del Santuario*, como se ha visto, el periódico oficial del Centro eucarístico de España y de todos los demás centros diocesanos; y en los números de esta revista se contienen, amén de otras muchas cosas, todos los curiosos y edificantes datos, noticias y amenas relaciones eucarísticas de nuestra Patria, viniendo á ser las páginas de *La Lámpara* el más nutrido y sabroso centón eucarístico que en España se publica.

¡Tres pesetas cuesta al año la suscripción á esta revista! Y por tres pesetas logra coleccionar el suscriptor, al cabo de los doce meses, doce flamantes números (algunos de ellos con más de 50 páginas), que juntos forman un hermosísimo ameno tomo en 4.º mayor, en donde se refleja toda la propaganda, todo el fervor eucarístico, todo el amor de nuestra España al Santísimo Sacramento.

Para gloria de tan soberano misterio y para honrar con lo poco que valemos á Jesús Sacramentado, tenemos á gala el recomendar esta revista á los lectores de EL CASTELLANO (2).

La devoción al Santísimo Sacramento es el más fiel espejo y el más verídico barómetro de la fe. Tanto amengua ó se acrecienta la fe y la vida cristiana en el hombre y en las familias y en los pueblos, cuanto menor ó mayor es la devoción que profesan á Jesucristo Sacramentado.

En Jesucristo y sólo en Jesucristo está la verdadera restauración de la Sociedad. Este es el lema y todo el programa de Nuestro Santísimo Padre el Papa Pio X: INSTAURARE OMNIA IN CHRISTO. Este será también el nuestro.

J. MARÍN DEL CAMPO.

Mora de Toledo 24 de Agosto de 1904.

(1) *Crónica del Congreso de Lugo*, página 101.

(2) Las suscripciones pueden hacerse en la administración de la revista (Flor Baja, 22, principal, izquierda, Madrid), ó en Mora de Toledo, dirigiéndose al autor del artículo.